
TU ESCUDO Y MI LATIGO.....

matilde daviú

138

Quise escribirte una carta pero no pude resistirme al hecho de continuar fraguando el sentido de mi vida. Esta vez no voy a lloriquear moqueando la incongruencia, esta vez no voy a dejarme arrastrar por la chata dentadura de tu boca sino que me levanto contra todas mis fuerzas y asumo la actitud de una perra costeña. Dirás que te debo mucho y que jamás podré pagarlo todo. Pero, es que se puede esperar algo más ridículo que la armadura de tu espíritu sumergida en una piscina de alcohol? Recuerdas la noche de la pecera? ...y especialmente a la Nefertiti barloventeña que paseaba su esbelta figura por entre las mesas colocadas alrededor del Bar, vendiendo cigarrillos, desodorantes para la mente, sonrisas de neón y otras cosas más que te reventaron el costillar a pellizcos? ¿Recuerdas el enorme Bar cercado por los dedos de Baco, serpientes emplumadas, chorreadas de brillantes y esmeraldas como estrellas al ser tocadas por la luminosidad platinada?. La ausencia de melodía en el Bar era sustituida por un chillar de orfelinato, gigantesca alharaca de todos los guacamayos de la selva o de los loros del Popol-Vuh.

Me estoy mordisqueando las uñas como siempre, esta vez siento mis dedos redondos como cortísimos muñones acobardados en la magnánima tarea de escribirte, porque si alguna vez pensé en escribirte fué en ésta y no en la última. Hace algunas semanas, al entrar a un restaurante donde acostumbran a reunirse mis más queridas soledades, me fué presentado un hombre que poseía la clave de la prehistórica cadena de mi

vida. Al preguntar mis nombres, lanzó una risa sardónica tipo mafia complicada y me expuso abiertamente y sin preámbulos que él conocía la historia de mis antepasados. El ego se me subleva y empieza el cosquilleo de una curiosidad desbocada, avasallante y ultrasónica. Pierdo contacto con las soledades y me entrego sin remilgos a la sabia confesión del que decía conocer a mis antiguos padres catecúmenos. Me dijo que había estudiado en Sevilla, durante varios años, la historia de los primeros conquistadores, colonizadores, encomenderos y toda la fanfarria grotesca de los aventureros ibéricos llegados a estas prodigiosas tierras americanas. Mis ancestros venían de Córcega, surcando el mar con sus galeones y cargando un buen número de esclavos que dispersaron como un puñado de arena sobre las islas del Caribe y el norte de Venezuela. Que mis más remotos abuelos fuesen traficantes de esclavos, más crudamente unos negreros, me produjo una loca alegría. Ahora me explicaba por qué me gustaba tanto el mar y hacer restallar mi látigo invisible sobre las desnudas espaldas de hombres que esconden en sus cuerpos todas las mismas y los cangrejos más repulsivos. Ahora comprendía por qué no cedí al rodeo florido que me hiciste la última vez, algo se sublevaba dentro de mí Y cuando creía estar perdiendo el dominio, arremetía con violencia hasta recuperarlo totalmente. Tus disposiciones reglamentarias y tu persecución no recogieron la órbita trazada por tu indumentaria de conde de palacete en ruinas, sino el olor almizcioso de un escudo desgastado que decía pertenecer a tus antepasados. Tú con tu escudo y yo como mi látigo. Aquél escudo se hizo tan tuyo que casi lo llevabas tatuado en la frente, ocultando el tercer ojo ciego de jamás haber sido abierto, tu ojo fetal, tu ojo incongruente. La percepción discolorada de mi pasado surcador de océanos me puso al descubierto una hermosísima parte de mi antigüedad, oculta por el constante arrodillarme pidiendo perdón de no sé que cosa y llevando con displicente bondad todos los insultos caninos de mis más rabiosos y beribéricos enemigos. Repito: tú con tu escudo y yo con mi látigo. Tu escudo no era más que un pergamino apolillado y roído por los miles de ratones habidos en el fondo de un baúl de desván. Tu escudo, que colocabas delante de tu cuerpo extendiendo el brazo para espantar el silencio y los malos espíritus, no es más que la resaca, la plataforma innoble y violadora de los espacios ya ocupados milenariamente por otros extrábulos. Tu escudo: un objeto vulgar como la aleación de los metales más nobles.

Poco a poco voy viviendo cómo se desvanecen las nubes de mi sueño. Tu imagen me somete a la vigilia, al ojo abierto de la magnolia. Cuando revienta el grito de la tarde, las doradas abejas entran a los panales de mis sienas y comienza el ritual preparatorio de la espera. Los espejos no devuelven las imágenes, las horas circulares me detienen y los temores comienzan a abordarme. No quisiera esperarte asomada a la ventana ni aturdida por el ruido de las horas. Quiero la espera sobre un tapate persa y oír tu llegada al sonar de mis pulseras. Te quiero descalzo frente a mí porque yo he rasgado mi blusa de quimeras.

Toda violeta me estoy ocupando de la tarde. Toda líquida me entrego hacia la noche.

¿Es el león el símbolo de la nobleza? ¿Es ese monstruo panorámico preso en el cinemascopio el cómplice perfecto para tu extravagante persona? Mi látigo tiene su mango más allá del Mediterráneo, apretado contra las costas sidónicas, contra las ruinas cataclísmicas de Baalbeck, en las arañas manos de los refugiados de Jericó, en los monasterios cadmios de los sufis y en los más antiguos mudras de yoguis tántricos nepaleses.

Cara de Sol! ¿Qué filtro me has dado a beber que ya no sé de mí? ¿Por qué has ungido mi cuerpo con tu saliva y tu miel? ¿Qué ritual iniciatorio me hace sentir tus labios como gusanitos de luz escalando mis mejillas? ¿Qué fosforescencia de lluvias me ha inundado? Mis peces de colores han emigrado hacia tus ojos de agua y mis girasoles han girado en dirección contrario. Mi cuerpo se hunde en el cobijar sin fondo de la noche para ir a descansar al lado de tus playas. Tu pecho es mi refugio y tus brazos mis murallas. Cada gesto tuyo es una partida hacia el comienzo, cada mirada una desbandada de gorriones, cada beso una gota de ambrosía y cada abrazo una eclosión de flores. Cara de Sol de Noche ocultándose en el día, cara de Girasol, cara de Tiempo. Los ríos de tus manos confluyen en mi delta y poco a poco amanezco yo de luz. Quiero bailarte una danza espiralaría. Que se detenga Todo y se abran los Espacios! ¡Siémbreme de rosas el desierto, tráeme el Agua, la Miel, el Vino y oficiemos tu y yo el Divino Rito de sumergir nuestra consciencia en el Ser-Amado!

Te estuve hablando del Maithuna, quise leer las líneas de tu frente y las palmas de tus manos. Te estuve hablando de la corriente espiralaría pero el ácido clorhídrico que tienes en las venas te impidió comprenderme. Seguías escudándote, defendiéndote de la abstracta avalancha de mis ojeros gritos. Te llamé Pez Espada de los plateados flancos, te llamé de todo hasta Cara de Sol!. Te regalé una manzana que comiste toda porque para ti no significaba nada el morderla. Cada romper del alba era una batalla perdida porque jamás pensé librarla. Cuando te ví por primera vez me pareciste un lobo de mar y una corriente de simpatía se instaló entre nosotros (después de todo veníamos de los mismos puertos solos). Surgieron comentarios acerca de tus asaltos de pirata y yo me desvanecí en la maya de mis propios torreones; luego, las corrientes oceánicas se distanciaron cada vez más hasta perderte de vista por muchos meses de obstinadas lunas. Esporádicamente le llegaban noticias de tus filibusterías, halagos que aumentarían de una manera descomunal tu vanidad, rechazos que morderían la parte más vulnerable de tu ego y simples alusiones a tu personalidad descabellada. Y yo, sin saber nada, me decidí bajar un día a la cuenca hidrográfica donde tenías instalado el laboratorio. Allí se dió comienzo a la primera transfusión de peces y a la huida de los pájaros hacia tus ojos de agua. Mi desesperado esfuerzo por hacerte atravesar el umbral de la

magia, me ha llevado a delirios incontables aceptando el triste balance de lo poético frente a la bioquimización de tu espíritu. Todos mis gritos han quedado disueltos y todos mis líquidos han sido congelados.

La vanidad de Marco Antonio y Cleopatra, los llevó a construirse columnas gigantescas en Baalbeck donde fueron esculpidos sus afrodisíacos rostros. Hoy, aparecen desgastados por las repetidas tormentas de arena y las ondas sonoras de los cantantes de ópera que cada año representan frente a sus narices, mordisqueadas por el tiempo, la ridícula historia de Aida. Entre las ruinas se acomodan los focos reflectores potentísimos, las sillas para los músicos y las butacas especiales para turistas cubiertos de joyas y pieles, sentados bobaliconamente bajo un cielo negro estrellado.

Todo un espectáculo a Color digno de Ceñar. B. de Mille. Durante el día, aquél teatro vacío vive su verdadera muerte cada vez que el almoasín se desprende desde cualquier minarete. Si me hubieras invitado a bailar la conga: yo hubiera reventado la risa en la punta de tus zapatos; si me hubieras invitado a bailar la zamba: yo hubiera corcoveado mi cintura más allá de los lazos defectuosos de tus manos; pero si me hubieras invitado a bailar el vals; te hubiera abofeteado. ¿Acaso no presentes que es ritmo lo que necesitamos?

Mi látigo hiere el aire y revienta dos vasos de whisky, lo vuelvo a levantar y le cruzo la cara a un judío, lo levanto otra vez y se enreda serpentino en el tobillo de mi primer marido, tiro con fuerza y lo hago caer de bruces por desconocer mi antigüedad. Dormía con él una tarde en el Sofía Palace de Estambul después de haber recorrido a pie todo el Palacio de Topkapi, cuando repentinamente desperté. Me dirigí hacia la ventana tratando de callar la angustia y miré hacia el cielo neblinoso de Turquía. Las barcasas se dormilaban en el puerto y aquella pesadez vespertina volvió a caer sobre mis párpados. Dí media vuelta y pude contemplar a mi marido en la penumbra, abrazado todavía a su almohada. Me dirigí de nuevo hacia la cama después de tomar un vaso de agua y me recosté dispuesta a escuchar el silencio y descifrar los arabescos de aquél techo de madera. Un extraño sopor me fué cubriendo, comencé a sentir náuseas al tener la sensación de que mi cuerpo daba vueltas y más vueltas, traté de incorporarme de la cama pero los músculos no obedecieron. De pronto, un poco más arriba del closet, me levantaba yo misma transparente, mirándome desde aquella altura con tristeza. Quise gritar y no pude. El terror se apodera de mí y parece devolverme a la vida. Mi gemela desapareció al instante. Sentí luego una especie de picazón en todo el cuerpo que me hizo constatar que la sangre volvía a circular después de haber huído. Aterrorizada, desperté a mi esposo quien sin preocuparse demasiado por lo que le contaba, trató de abrazarme con dulzura para callarme. Aquella noche no dormí esperando el nuevo asalto. Después, dos años pasaron hasta que Ma me lo explicó como un perfecto cuento hindú. Ahora, ya lo sabes, soy un pajarito encerrado en la prisión de una jaula,

uno de los barrotes está flojo y debo descubrirlo para escapar sin que nadie pueda evitarlo. Mis premoniciones son como pulseras de plata que hago sonar cuando estoy triste; todo lo demás es puro espejo donde se reflejan la gran confusión y el desparpajo.

¡Cara de Sol! ...te he esperado toda la noche y en tu lugar he recibido la fuerte lluvia en mi cara. Me has sometido a la prueba del des-tiempo, la más dura de todas porque no estoy preparada para la caída. Puedo ir a buscarte con antorchas incendiarias y las dagas de mis más fieles bucaneros cortando el aire en rebanadas. Puedo también enviarte un par de salmandras, un corazón de mirlo y la pierna de una yegua descarnada. Cara de Sol, te está saliendo una mancha. Un eclipse total te borrará el sol de la cara y para tus funerales, daré una función prestidigitadora con aves grises y mariposas moradas. De Plomo será tu mortaja, de Litio tus uñas y cabellos, de Sodio la punta de tu lengua, de Potasio tu ombligo, de Calcio el semen y los párpados; y de Argón... tu eterno sueño. Tienes tiempo para todo. Reirte y buscarme de manera tardía. Prepara tu escudo que yo colocaré en la punta de mi látigo un módulo pirotécnico y saltaré sobre tí al primer descuido que tengas. Mientras, la tristeza me irá fortaleciendo.

Pasada la medianoche, vuelvo a retomar tu imagen. Quisiste hacer una trenza de mis cabellos...¿recuerdas?, pero tu indecisión corroboró una vez más, el temor que sientes frente a lo que te parece unido. Siempre está a la defensiva. Tu escudo es el círculo de metal donde se estrellan mis miradas, el vulgar escudo del miedo, la insoportable armadura de tu espíritu.

140

Aquella mañana en el mercado, cuando apenas comenzaba a levantarse el sol, sentí debilidad por las arrugas de tu frente y me dispuse a relatarte algunos momentos de mi infancia. Con los codos apoyados sobre el mantel de hule floreado que cubría la mesita donde desayunamos, me escuchaste cálido y bondadoso. Cerrado el círculo magnético; las historias se quedaron como huevitos cósmicos sobre-volando nuestro espacio: el desfile de los gringos, la escalera mecánica, la triste historia del pesebre y las decisiones matriarcales de mi abuela. En cada partícula del día, inclusive durante la siesta, la presencia de los claveles rojos ofrecidos, trazaron una línea en el laberinto encantado.

*"...Y sin embargo,
por decir casi todo
y cuando nos separen
y ya no nos oigamos,
te diré todavía:
¡Qué pronto!
¡Tanto que hablar, y tanto
que nos quedaba aún!"*

